

# Una huida de 40 mil kilómetros

Atrapado en una guerra que no era suya, Andrés Apeloig, un joven patricio de Radzyn Podlosky, un pueblo en las afueras de Lublín, en Polonia, recorrió miles de kilómetros en la huida, para llegar a donde nadie hubiera podido pensar y sin encontrar una mano que le brindara protección.



**A** los quince años y medio, Abraham, el niño pulcro del gimnasio, el nieto del *Moré haoraá* de su pueblo, Radzyn Podlosky, el hijo acomodado de Moshé, estaba metido en una carreta como cualquier hijo de vecina huyendo hacia Rusia. Hacía poco los alemanes habían invadido Polonia y una vez que iba al liceo lo detuvo una patrulla de soldados y le propinaron una golpiza que hizo decidir a sus padres sacarlo del país.

«La llegada de los alemanes fue muy engañosa: al principio venían los soldados que se portaban bien, y entonces la gente se decía: no son tan malos como los pintan, pero luego llegaba la Gestapo y comenzaban los desmanes», explica y añade que al principio los mismos judíos recibieron a los alemanes con la debida cautela, pero hasta con cortesía: «La gente los saludaba, hablaba con ellos... eran soldados de la *Wehrmacht* que no pertenecían a ningún partido político, pero cuando llegó la Gestapo, comenzó la discriminación y las muertes sin ton ni son».

Los padres preocupados, y con la certeza de que los alemanes estaban repitiendo en Polonia la *Kristallnacht* del 33, hicieron cruzar a Andrés el Bug, el río que marcaba la frontera de Polonia con la entonces Unión Soviética, por el lado bielorruso. A instancias de unos vecinos judíos, que viajaban hacia Brest-Litovsk, abandonó a su familia, que no quiso acompañarlo porque ya se sentían demasiado viejos para una travesía como aquella –que implicaba caminar, navegar, montarse en una carreta endeble, y viajar en tren–, a pesar de que sus padres apenas andaban por los cuarenta.

«Llegué a la ciudad de Brest-Litovsk, ocupada entonces por los rusos, y allí la vida transcurría como si nada estuviera pasando. Me puse a vivir de inquilino en casa de una señora, hasta que llegó el día en que me quedé sin dinero y tuve que buscar trabajo», cuenta Abraham, a quien llamaremos Andrés, nombre de adoptó en tierras venezolanas.

Como pudo, encontró un contrato para ir al norte de Rusia. «Yo no tuve remedio y me vi obligado a irme a trabajar en madera... Era difícil que me aceptaran porque no tenía la edad, pero uno de nuestro pueblo salió como garante».

Según cuenta, al principio los rusos recibieron a los judíos que huían del Holocausto con los brazos abiertos, pero poco tiempo después el viejo sentimiento antisemita se empezó a manifestar contra los recién llegados. «Se burlaban de uno en la calle, peor que en Polonia, diciéndonos que no queríamos ir al ejército, que huíamos para sobrevivir, pero en verdad nadie nos aceptaba, ni como soldados ni como nada, ni el ruso ni el polaco».

A finales de enero, Andrés se vio en la última localidad rusa a la que llegaba el tren, Cotlas. Luego en vehículos militares lo llevaron a la ciudad de Sictivcar, capital de la República Soviética Socialista de Comi, y de allí a una localidad de nombre Kotwice. «La ciudad estaba llena de condenados, de reos de toda Rusia que trabajaban en libertad, porque de ahí no se podía huir, y estaba en medio de una pradera enorme y aun conociendo la zona nadie era capaz de llegar a la primera ciudad».

Aquel pueblo fue como el presagio de lo que sobrevendría en la vida de Andrés. «Me quedé trabajando un año, y al vencerse el contrato me dieron un pasaporte ruso y me dijeron que era libre de moverme. Entonces recibí muchas cartas de mi madre pidiéndome que volviera, decidí regresar a Polonia».

## DEL TIMBO AL TAMBO POR LA ESTEPA

En 1941, Andrés emprendió el viaje de regreso a su casa y en la medida en que se iba acercando a la frontera rusoalemana las cosas empezaban a verse mal. No había terminado el viaje cuando se rompe el pacto

Ribbentrop-Molotov, con el consiguiente estallido de la guerra, por lo que lo evacuaron hacia el Cáucaso, donde se quedó varios meses, hasta que los alemanes los alcanzaron allí y los rusos los movilizaron a los montes Urales, para trabajar en una fábrica de tractores.

«Para los rusos yo era un individuo poco digno de confianza, así que me mandaron a un campo de trabajos forzados como un elemento peligroso, básicamente porque era polaco. En Chelavisk, nos daban sólo un desayuno, con aquel frío y mucha gente comenzó a morir en las calles... De los que movilizaron conmigo, cada día volvían menos a la casa de vuelta al trabajo: de once sólo quedamos vivos dos».

Con el otro sobreviviente, Andrés decidió huir y lo hizo a pie y por medio de colas a la ciudad de Kromodor, a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia. Pasaron luego a Alma Ata, Turkmenistán y a Tashkent, Uzbekistán, ambos en el Asia Menor, y de allí a Barnaúl, capital de la Región Altaica de Rusia. Una vez más, lo movilizaron a una fábrica de tanques en Niznij-Taguil, para volver de nuevo a Chelabinsk, junto con su amigo.

«En total viajé 40 mil kilómetros por toda la Unión Soviética, porque allá las distancias son enormes» dice Andrés, lo que equivaldría a viajar de ida y vuelta dos veces y media entre Nueva York y Santiago de Chile. «Yo tenía un espíritu inquieto y me gustaba arriesgarme», explica.

## RECONQUISTAR POLONIA

A los veinte años de edad, Andrés fue llamado para formar la primera unidad polaca de guerra que se formó en URSS, con la que lo enviaron a Lublín, como parte de la avanzada rusa sobre ese país. «Íbamos muy rápido», pues los alemanes se retiraron, no sin antes asesinar al



Andrés (der) y su amigo como parte del ejército rojo. 1944

remanente de los habitantes del gueto de esa ciudad, que llegó a contar con 34 mil judíos. Las tropas soviéticas llegaron un mes después, en julio de 1944, y con ellos Andrés.

El joven soldado judeopolaco pensaba que, al llegar a su tierra, tendría mucho que contar, pero tan pronto arribó al país que lo que él había vivido era prácticamente nada. «Aquello era mil veces peor, porque desaparecieron en las cámaras de gas», cuenta.

«De allí fui a visitar mi ciudad natal, por un día, y no encontré absolutamente nada ni de mi vivienda ni de mi familia... Había un vecino polaco que encontré y tenía muchos de los bordados que mi madre hacía, y según me dijeron ella se los había entregado porque sabían que iban a expulsar a los judíos del pueblo. No sé si era así o era un robo, pero tuve que aceptarlo sin chistar».

Según pudo averiguar, la madre y la hermana de Andrés fueron exterminadas en Treblinka, adonde fueron obligadas a ir caminando por unos 150 kilómetros desde Radzyn Podlosky, mientras que su padre, según le contaron, desapareció de la noche al día, sin dejar ningún rastro. «Nosotros habíamos oído, en Rusia, que esto estaba pasando, pero no lo hemos creído y pensábamos que era propaganda soviética... En los periódicos se decía que estaban mandando a la gente a los campos de

exterminio, pero uno no estaba seguro de algo tan horroroso».

Durante la ofensiva rusa, Andrés perdió a su compañero de viaje: «Fue sin darme cuenta... fui un día y no estaba, pues los rusos tenían la costumbre de tomar gente de noche, y no se sabía adónde la enviaban para usarla como carne de cañón».

Con el batallón polaco del ejército soviético, Andrés atravesó el Vístula hasta Praga, a la orden del Coronel Sukov, para llegar a Berlín, donde estuvo dos semanas. «Aquello era una gloria para uno, estábamos felices de poder tomar revancha de los alemanes, pero cuando llegamos nos encontramos con puros viejitos y mujeres, y quedaban apenas unos soldados y uno pensaba: “Cuando yo llegue allá, a la primera ciudad, voy a tomar venganza”, pero no pude hacer nada». En Alemania acompañó a los rusos hasta Dresde, sirviendo como chofer del mismo Sukov, lo que lo mantuvo alejado del frente.

**Nosotros habíamos oído, en Rusia, que esto estaba pasando, pero no lo hemos creído y pensábamos que era propaganda soviética...**

## DESPUÉS DE LA TORMENTA

De una familia compuesta por cuarenta y cuatro personas, sólo cuatro quedaron vivos. «Los que huyeron a Rusia pudieron salvarse, es decir, tres primos míos y yo».

A quienes piensan que el Holocausto es un capítulo más de la historia de la humanidad, Andrés les recuerda que, ciertamente, en todos las época ha habido cosas terribles, pero la *Shoá* es singular: nunca la humanidad había planificado de forma tan perfecta la desaparición de un pueblo, valiéndose para ello de todos los recursos y avances de la tecnología y de la ciencia de entonces.

Al terminar la guerra, Andrés decidió volver a Polonia para vivir en Katowice, y cuando se percató de que estaba solo, sin ningún pariente, que todos se habían ido en trenes, entre miedos y guardias, para no volver más, abandonó su tierra natal y se fue a Francia, vía Alemania.

«Allá trabajé un año, hasta que me llegó una visa de aquí de Venezuela, adonde llegué en diciembre del año 1947, me casé aquí con una joven que estudiaba conmigo español, también de Polonia y con ella tuve dos hijos, cinco nietos y un biznieto... Aquí seguiremos para adelante hasta que se pueda».

En Venezuela, Andrés, con nombre nuevo y con una familia reconstruida, siente que ha vivido libremente... Atrás quedó la estepa, el golpe, la burla, el chiste y la muerte... Atrás, el fanatismo que vuelve monstruo al profesor de piano; en policía, a la vendedora de salchichas; en marcha fúnebre, a las alegres polcas del mercado de Radzyn Podlosky...

